



Hermanos:

Cuando el Presidente de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas —el dilecto y fraternal Perico Rivas— recabó mi colaboración para que interviniese como Pregonero del presente año de 1985, de inmediato surgió en mi ánimo un dilema de perturbación, de duda; en primer lugar, la responsabilidad que asumía si aceptaba tal asignación; y en segundo lugar, el gran honor que se me confería con la propuesta citada.

La responsabilidad que implicaba aceptar la misión de pregonero predisponía de entrada una velada, una cortés negativa, ya que hay que tener un gran sentido de la propia limitación y altas dosis de audacia para pregonar la Semana Santa de Puente Genil, por lo difícil, lo complicado de su temática y, fundamentalmente, porque sus formas, sus matices, su complejo desarrollo, han sido descritos, de manera admirable, bella, profusamente, desde este mismo escenario, por mis antecesores como pregoneros. A todos ellos mis recuerdos y mi devoción.

Más la vinculación afectiva, por tan diferentes motivos de mi persona y familia a la vida de Puente Genil, me obligaba a disipar las dudas, las vacilaciones del dilema, y ante la gran distinción que se me ofrecía, la presunta y cortés negativa inicial se convirtió en agradecimiento, en honrosa aceptación final.

Bien, amigos míos. Generalmente este tipo de actos requieren por parte del orador una imaginación poética profunda, un lirismo refinado y sutil o una oratoria bella y efectista. Ninguna de estas facetas puede aportar la persona que os dirige la palabra.

¡Ay! Cómo recuerdo en la lejanía de los tiempos, la queja amarga de Miguel de Cervantes:

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
el parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.

O el lamento más cercano de nuestro Ricardo Molina:

Sufrimiento adorable el sentir como es bella
la tierra en que nacimos y no poder cantarla,
a no ser una noche de primavera triste
con la guitarra oscura de vinos y nostalgia.

¿Qué puede aportar entonces el pregonero que os habla? Simple, sencillamente, escuetamente, la gran pasión de un enamorado de las tradiciones, de las cosas de Puente Genil, que un día, ya lejano, vino a este pueblo en cumplimiento de sus deberes profesionales y quedó prendido para siempre de la maravillosa síntesis de vitalidad, belleza y amistad de este pueblo generoso y sin par.

Sé muy bien que es simple y pobre el bagaje; mas me conforta mi petición de ayuda que he suplicado al Nazareno y por estar seguro —ya que conozco el fondo del corazón pontano— de que mi pobreza será compensada por vuestra comprensión y bondad.

Retrocedamos, hermanos, en el tiempo. Yo venía de mi Córdoba de nacimiento, celeste, callada, enjuta, para encontrarme con este enclave de maravilla natural que es Puente Genil que, merced a vuestra benevolencia, se convertiría en el correr del tiempo en mi patria de adopción.

Mecido sobre la curvatura del Genil —río de poetas y poeta de ríos— serpentean sobre las pendientes de sus riberas las calles pinas de la Puente. La blancura de la cal de sus casas, el olivo, el junco, el verdor de la huerta, la paloma y la luz lo simbolizan.

En este medio geográfico tan nítidamente definido por la Naturaleza, Puente Genil va a crear, frente a la problemática socio-económica que le rodea, un «status» propio, que va a definir su personalidad frente a los pueblos hermanos de su entorno.

Es interesante traer a colación, cómo los núcleos cimeros de la civilización y de la cultura, las grandes creaciones del espíritu humano, se han producido en enclaves no muy numerosos en población que supieron encontrar su destino en diversos hechos de carácter político, sociológico, económico o religioso.

Vienen a mi recuerdo aquellas legendarias ciudades griegas, las «polis», que, obligadas por la configuración de su suelo laberíntico y compartimentado, y por la ventaja natural de su clima mediterráneo, con estíos secos, inviernos dulces y atmósfera luminosa, lograron establecer esas maravillas urbanas, capaces de crear, de legar a la humanidad futura, las más altas cotas del arte y la cultura.

¡Qué coincidencias más acusadas con nuestro Puente Genil! Fijémonos en alguna de sus características. Fundamentalmente, en su entorno físico y en su naturaleza espiritual.

¡Cómo es el conjunto de la «polis» griega? ¿Dónde se levanta? Sobre una altura. «Acrópolis» significa ciudad alta. Allí, sobre el cerro, se encuentra el «prítaneo», lugar donde los ciudadanos se juntan para celebrar el culto a la divinidad pollada, y, en el «prítaneo», el altar donde arde perpetuamente el fuego sagrado. En nuestro pueblo, sobre la cumbre bendita del Calvario, la ermita-santuario de Nuestro Padre Jesús Nazareno donde, permanentemente, arde un doble fuego sagrado de amor: el de todos y cada uno de los corazones pontanos hacia el Nazareno y el infinito, divino amor del Terrible hacia sus hijos de la Puente. Al pie de la colina, la Plaza y el mercado, el «agora» para los griegos. En las pendientes del cerro que corona la acrópolis se establecen las viviendas. Finalmente, el territorio perteneciente a la ciudad sembrado de casas, de villas y aldeas. Su nombre es el «demos», que se ha extendido al conjunto de los habitantes; «demos» significa pueblo.

Como nuestras calles, nuestras huertas, nuestras villas, nuestras aldeas que cantaron nuestros poetas. Son los «huertos y olivares» de Manuel Reina; los «trigales de esmeralda» de Rejano; las «calles recogidas» de Ricardo Molina; los «rústicos hogares» de Miguel Romero; los

«áureos membrillares» de José Cabello; las «vegas laboriosas» de Vicente Rubio; las «torres de cal y arena» de Serrano; el «pueblo celeste y blanco» de Manuel Machado; «el cielo más azul» de Agustín Rodríguez; «el albo caserío» de Rodolfo Gil; «la callejita de Jesús» de Joaquín González Estrada; el «cielo lleno de palomas» de Antonio Almeda.

No importa la pequeñez de su extensión territorial; es ahí donde estribará su fuerza expansiva y económica. Pero la característica más acusada de la polis griega es su naturaleza religiosa. La ciudad es algo sagrado, algo divino, algo inseparable de sus protectores los dioses. Se ha dicho que en la polis conviven tres sociedades: la de los vivos, la de los difuntos, y la de los dioses.

Esta naturaleza religiosa es asimismo la característica más acusada que descubre la espiritualidad de Puente Genil, al propio tiempo que nos ayuda a comprender su fuerza interna y nos explica el culto ciudadano hacia ella. Esta característica es la que más trabajo nos cuesta comprender, hoy que el mundo se ha laicizado y se ha hecho indiferente a las creencias religiosas, si no es que es hostil a ellas.

Así, la vida cotidiana de Puente Genil se encuentra impregnada de religiosidad hasta extremos que no podemos imaginar, a menos, que seamos capaces de incorporarnos por un instante del alma pontana.

Cada uno de los actos del pontanés tiene un carácter ritual. Nada se hace sin invocar al Cristo o a la Virgen de su devoción y sobre todo a Jesús Nazareno.

Lo humano abisma en lo divino, que a su vez se humaniza. El faro de Puente Genil, que mantiene unido a todos sus miembros, es el bendito hogar del Nazareno amado, donde en peregrinar diario, los pontanenses ofrecen al amo de sus cargas y de sus amores, sus problemas, sus cuitas, sus fervores.

Si para los antiguos griegos religión y patriotismo eran una sola y única piedad, para el hijo de Puente Genil todo cuanto el hombre pueda tener de más querido se confunde con su pueblo. En él encuentra su bien, su seguridad, su derecho, su fe y su Dios. Con una notable diferencia. Que si en las ciudades griegas de la antigüedad, el extranjero carecía de la protección de sus dioses y ni siquiera tenía el derecho de invocarlos, haciéndose reo de muerte si penetraba en el recinto sagrado, el pontanés, embebido hasta las más profundas fibras de su ser en la divina doctrina cristiana del amor fraterno, recibe al forastero, lo acoge en su corazón y lo presenta ante su bendito patrón: «Padre mío, he aquí un hermano más».

En este paisaje físico predispuesto por la naturaleza, en este peculiar entorno de fe religiosa, se va a producir una de las más impresionantes síntesis socio-religiosas que el pueblo de Puente Genil ha sabido crear en torno a la conmemoración de la Pasión de Cristo: su Semana Santa.

En esta síntesis estriba su misterio, su belleza y su encanto. De ahí también la tremenda dificultad de su definición. No, no es posible una definición precisa, matemática y concisa, de lo que es y significa la «mananta» pontana. Es como el entramado de un tejido, en el que los hilados

van uniéndose delicadamente, sutilmente, para crear la perfección final de la pieza bordada. Mas si intentamos separar los bordados del cañamazo, los hilos del tejido se desharán como por encanto y la obra final quedará arruinada y perdida.

Así es la Semana Santa de Puente Genil: un todo formado por materiales tan enlazados que no puede ser entendida separando sus diversos elementos que la configuran. Esa es su originalidad. El que quiera entenderla y expresarla, basándose en sus valores extrínsecos, errará en su comprensión e igualmente le ocurrirá al que intente valorar en exclusiva sus valores intrínsecos. En la amalgama de sus vericuetos, de sus matices, de sus perfiles, reside su valor y su belleza. Por ello la dificultad de algunas gentes negadas a su comprensión y por ende predispuestas a la crítica negativa, en base a la vituperación de lo externo que, separado de su entorno interno, es envoltura mustia y vacía.

Si difícil es su definición, para entender y comprender la Semana Santa pontana hay que poseer un estado de gracia especial que nos permita sentir toda su grandeza, su plasticidad, su religiosidad, su fe. Ese estado de gracia se adquiere por las vivencias educacionales de generaciones que las han transmitido con el más delicado fervor, con la más íntima pasión, con el más puro amor.

O bien por la conversión pura y simple, fugaz como un estallido en el alma y en los sentidos, que permite al elegido «captar», en todo su esplendor, ese tono armónico de luz, de colorido, de belleza que es la Semana Santa de Puente Genil.

El pregonero no intenta —sería pretensión absurda— abarcar toda la gama de maravillas que resume la Semana Santa. Su pretensión es más sencilla y humilde. Analizar tres facetas que considera básicas en su desarrollo: su singularidad, su armonía y su fe religiosa.

1ª. - SINGULARIDAD:

Intentemos bucear en los entresijos de la «mananta» para tratar de buscar qué elementos aporta, qué innovaciones introduce, cómo funde la maravilla cromática de sus desfiles procesionales, para realzar la conmemoración de la Pasión de Cristo, que no es ni mejor ni peor, ni más suntuosa que la de otros lugares de la geografía patria, pero sí afirmar en tono solemne, que la Semana Santa pontana, es simplemente una impronta diferente, distinta, aquella que el poeta Pérez Carrascosa definiera tan certeramente en sus bellos versos de las Fiestas de la Puente «las procesiones güenas y con gracia», que nos llenan de orgullo y emoción a los pontanos y crea asombro y admiración de los foráneos.

El concepto general de la Semana Santa para la mayoría de los fieles es la conmemoración de la Pasión de Cristo a través de la liturgia y sobre todo de las «procesiones» de diferentes tipos y estilos, que pretenden llevar al alma del pueblo sencillo, la comprensión de los momentos culminantes del drama de la muerte de Cristo, a través de una escenografía previamente buscada.

Ciertamente, parte de esa visión existe en muchos lugares y ciudades de Castilla, de Levante y sobre todo de Andalucía, y aquí poco original habría que apuntar desde la Puente.

¿Dónde, pues, radica esa impronta diferente y distinta? A ese tenor resaltaría el sentido de lo singular, como una de las notas distintivas. Entiendo por singularidad la sencillez de convertir en algo propio, peculiar, en carne de su carne, lo que es inexistente o accesorio, fugaz y transitorio en otros lugares.

Unas veces esa singularidad consistirá en la virtud de la creatividad, pero otras lo será — en grado sumo—la importación de una idea, que una vez asimilada, será transformada, convertida en algo sustancial y propio.

Traslademos esa nota singular a algunos aspectos de nuestra Semana Mayor y veremos cómo Puente Genil crea con una especie de magia especial, alternando la idea creativa con la idea importada y en múltiples ocasiones fundiendo ambas, la fórmula de una ecuación perfecta, formidable, sublime del drama pasional de Cristo.

Mucho se ha dicho y escrito sobre los orígenes de nuestra fiesta manantera, llegándose a aventurar si acaso nuestras representaciones sacras en Semana Santa no fueran vestigio de un Auto Sacramental.

Sería interesante rastrear sus orígenes —en particular los de las figuras— en los dramas sacros medievales, a través de las obras de Juan de la Encina o en las del portugués Gil Vicente, como apuntó Juan Rodríguez Bachot, o bien recordar aquellas figuras de comediantes que Cervantes refleja en el Quijote, como de forma aguda y original señaló Francisco Moyano. Tal vez la creencia de que su origen —en opinión de José Segundo Jiménez— se encuentra en la expresión de nuestro mundo del Barroco, como una acción contrareformista de catequesis bíblica, que a través de simples figuras iniciales (Cirineo, Verónica, soldados romanos, ladrones ajusticiados en el Gólgota) irían añadiéndose figuras más complejas (Apóstoles, Autoridades Judaicas, etc.

Sin entrar en la polémica de su origen, lo más interesante a mi juicio es resaltar la singularidad de Puente Genil que toma la idea, existente en diversas localidades, la asimila, la fecunda, la hace propia y crea, en definitiva, el más bello, el más sorprendente cortejo que en sí mismo es un perfecto drama litúrgico sacramental, que enlaza desde el pecado de nuestros primeros padres Adán y Eva hasta el triunfo de la redención sobre el Demonio y la Muerte, símbolo del pecado y del mal.

Maravilla singular de un pueblo pleno de conocimientos teológicos, que a los tradicionales «pasos» de cualquier lugar, aporta a sus desfiles procesionales de Semana Santa la iconografía más sorprendente de las figuras que abarca desde el Génesis al Éxodo (Noé y sus hijos, Fundadores de Israel, Patriarcas, Destrucción de Sodoma, Cautividad en Babilonia); los libros narrativos (Libertadores de Israel, Jueces, Levitas); el libro de los Reyes (David, Salomón); los Macabeos, los Profetas, las historias de Esther y Tobías, a los que se añadirán los personajes de la catequesis oral y escrita (Apóstoles, Evangelistas) o los símbolos del propio Salvador (Parábolas, Profecías, Milagros) para sacar a colación los testigos directos del drama sacro (Doctores de la Ley, Degollación de San Juan Bautista, Autoridades Judaicas, Sectas Judaicas, Judíos de Azote, Adúltera, Fariseo, Samaritana, Resurrección de Lázaro, Mitigadores de Jesús, Tres Marías, los Santos Varones, Testigos Falsos, Prendimiento de Jesús, Servidumbre de Pilatos, Pretorio Romano, Longinos y Lazarillo, «Los Ataos», «Dimas, Gestas, Barrabás» y culminar con la grandeza de las

Alegorías «Potencias del Alma, Virtudes Teologales, Cardinales y Morales, Dones del Espíritu Santo, Judío Errante, Postrimerías», o esa, aportación genial de la Sibila de Cumas, seguramente en débito a la creencia tradicional de la profecía del nacimiento de un niño portador de una nueva edad renaciente y dorada, velada alusión al nacimiento del Mesías.

Toda la interesante, la compleja historia del pueblo elegido, la vida y pasión de Jesús están simbolizados en esas figuras solemnes de rostrillo hierático, que portan con maravillosa perfección los símbolos de su significación histórica o bíblica.

Si no fuera suficiente esta singular lección pedagógica de la historia bíblica de todo un pueblo, la completa con esa perfección de colorido y plasticidad del Imperio que, con su desfile poderoso y marcial, es la viva expresión del poder hegemónico del mundo romano, ajeno por completo al drama del pueblo judío.

Singularidad creativa, que a las tradicionales cofradías y hermandades, Puente Genil añade la Corporación Bíblica que surge como asociación cívico-religiosa para contribuir al esplendor de la Semana Santa, aportando, desde la vertiente religiosa, las figuras bíblicas y, desde la vertiente social, el establecimiento del cuartel, clave del mundo mananero, «motor y espíritu» de la «mananta», en frase feliz de Juan Ortega.

Singularidad la de recoger y asimilar el concepto de representación popular de la Cuaresma tradicional y, adjetivándola como la «Vieja Cuaresmera», la convertirá finalmente en uno de los ritos más notables de la vida del Cuartel.

Singular maravilla simbólica, los picoruchos del Apostolado, cuyos tétricos y acompasados sonos de tambor nos recuerdan, en la noche del Viernes Santo, el desgarrador momento de la muerte del Justo.

Y esa noción singular de celebrar la Cuaresma que tiene Puente Genil con esas siete subidas de los Romanos al Calvario (Carnaval, Tentaciones de Jesús, Transfiguraciones, Diablo Mudo, Pan y Peces, Pasión y Ramos), basándose sus orígenes en el hecho de acudir a la ermita de Jesús para entonar cánticos religiosos convertidas en las alegres y bulliciosas subidas de nuestros días.

Finalmente, ¿qué decir lo que de singular encierran esa aportación de personajes típicos tan enraizados en el concepto mananero como el muñidor de la campanita o el imprescindible y servicial personaje del alpatana corporativo?

Singularidad que se manifiesta en elevadas cotas de sentimiento en el bellísimo cántico de sus saetas especialísimas. No es Puente Genil el único de nuestros pueblos donde se eleva a Dios esa maravilla de oración popular que es la saeta. Estilos diferentes, letras singulares se cantan por doquier en los días de la Semana Mayor pero, aunque no sean únicas, las saetas pontanas sí son especiales, como bien ha señalado el entrañable Luís Melgar.

Singulares en la interpretación ya que, además de ser coreadas por todo el pueblo, no se expresan al aire libre de una calle o una plaza, en el momento álgido del desfile procesional de una imagen, sino en el reducto cálido del cuartel corporativo.

Singulares en su composición musical, bien a través de la coreografía polifónica, plenas de melodía y sentimiento, como las que Pérez Carrascosa inmortalizó en sus versos:

Yo me acuerdo de dos que empezaban
alondras y ruiseñores
la sangre pura brotaba.

O las impresionantes y profundas saetas cuarteleras, que con su acompañamiento de toques destemplados, nos acongojan el alma de emoción incontenida.

Finalmente, singulares en su contexto escriturario, ya que algunas de ollas son versiones literales o síntesis populares de los textos evangélicos, como señala certeramente Francisco Moyano. Tales las populares y conocidísimas:

Quedose el Apostolao
como mármoles de piedra
mudos de terror y espanto
y Judas con risa fiera
metió la mano en el plato.
En el patio de Caifás
cantó el gallo al decir Pedro
yo no conozco a ese hombre
ni tampoco es mi Maestro.
Dice Cristo, a quién buscáis
a Jesús el Nazareno
y al decir Cristo yo soy
todos a tierra cayeron.

¿Cómo ha sido posible crear esta maravilla de historia bíblica, de teología religiosa, de melodías musicales, de cantos profundos? ¿De dónde pudo partir? ¿Acaso de mentes eruditas que lo crearon? No, no es ello posible, ya que si así hubiese sido, se habrían enquistado en el espacio y en el tiempo y, tarde o temprano, falta de savia, hubiese terminado por desaparecer y morir. Simplemente es la aportación de lo popular que, cuando quiere expresar la intrincada exégesis del verbo hecho carne, la paráfrasis impresionante del cordero divino que nos conduce a la grandeza de la redención cristiana, surge de las entrañas del pueblo pontano en la más bella y singular expresión, teológica, en la desnudez y cortos versos, en la carne viva de una saeta cuartelera:

Ya está el Infierno cerrao
y abierta la inmensa Gloria
el pecao perdonao
y consumá la victoria
que el Padre Eterno ha mandao.

En el patio de Caifás
cantó el gallo al decir Pedro
yo no conozco a ese hombre
ni tampoco es mi Maestro.

Dice Cristo, a quién buskais
a Jesús el Nazareno
al decir Cristo yo soy
todos a tierra cayeron.

No creamos que la singularidad de la Semana Santa es tradicional siempre. Fijémonos en nuestro tiempo más cercano y veremos cómo se repite ese sentido mágico de la creatividad de nuestro pueblo. Por citar algunos ejemplos, rememoremos ese solemne desfile del Domingo de Resurrección —iniciativa de Francisco Luque, único, pienso, en los anales de la Semana Santa española—; en la trepidante subida por la Cuesta Baena de la Virgen de la Guía o los emocionantes vivas de los encierros del Humilde, la Virgen de la Amargura, la Virgen de la Esperanza, la Virgen de las Angustias o la Virgen de la Soledad.

Mas la faceta fundamental de la singularidad de la Semana Santa de Puente Genil radica en su continuidad. En otra ocasión, apuntaba que la Semana Santa es como el fluir de un río que no cesa, una simbiosis total de lo social con lo religioso que impregna de manera indeleble todas las actividades del cotidiano vivir.

Esa es la grandeza singular de nuestra Semana Santa. No son unas fiestas ancladas en el calendario del tiempo, sino un dinamismo constante través de él, un transmitir de la alegría redentora de Cristo que se incrusta en todas las células de tejido social marcando un estilo de vida en el pontanés pleno de barroquismo y de sentido alegre de la vida que señala la eterna inquietud frente al reposo, el horror al límite y a la forma, el ímpetu apasionado frente a la meditación, el anticipar los hechos a la acción, el crear las cosas grandes con la sencillez de lo pequeño; en definitiva, el pueblo todo corazón frente a la razón.

Todo esto está soterrado en cada acción de la vida pontana: en lo social, en lo económico, en lo religioso, en la simple vida de relación, consecuencia en suma de las vivencias mananteras, que han hecho de Puente Genil el pueblo creador, pleno de vida, único.

Junto a la singularidad, la armonía. Toda nuestra Semana Santa es una perfecta armonía de notas difusas que encajan a la perfección como si se tratase de las piezas de un maravilloso «puzle». Armonía en lo epidérmico y en la osamenta, en lo externo y en lo profundo. No obstante, es una armonía matizada en perfiles distintos, variopintos, sin que por ello se pierda la concordia de sus elementos fundamentales y básicos. Señalaría tres facetas armónicas: la armonía de la belleza, la armonía de la emoción, la armonía del amor.

2ª.1. -ARMONÍA DE LA BELLEZA:

Fijémonos en lo epidérmico, en lo externo, en lo periférico y veremos cómo en las procesiones de Puente Genil se produce una perfecta unión de elementos dispares que se fusionan en cadena, en conjunción total.

Multiplicidad de detalles se combinan: la belleza y emoción del paso procesional, el sonido de la campanita, el tremolar de banderas y estandartes, las figuras bíblicas con su riqueza ornamental y su lento caminar, la belleza suprema de las escuadras del Imperio moviéndose al son de sus marchas y alegres pasodobles, la luz multicolor y el olor a pólvora de las bengalas, el alpatana servicial, los penitentes, el rebateo, las luces ciriales, el colorido de las túnicas, la musicalidad del triste Staba Mater y el grave miserere, los vivos y el abrazo fraterno, el pueblo expectante y bullicioso.

Todo parece difuso, heterogéneo en factores, abigarramiento, desorden en suma. Pero todo el conjunto compuesto de elementos, al parecer irreconciliables, terminan por aunarse, por fundirse en lógica concordancia de valores como si fuese una sinfonía musical acabada, perfecta, armoniosa.

Recorred conmigo con los ojos del espíritu —uno entre muchos— los momentos singulares de nuestros desfiles procesionales: el recorrido por la calle de la Plaza en la mañana y en la noche del Viernes Santo; la salida apoteósica del Humilde en la tarde del miércoles; el encierro de la Virgen de la Esperanza; el primer desfile del Imperio la tarde del Jueves Santo; las reverencias de las figuras en Santa Catalina; la subida de Jesús por la calle Aguilar en la tarde del Viernes Santo o el solemne cortejo del Domingo de Resurrección en la Matallana.

¿Cabe más perfección, más belleza, más policromía, más plasticidad, más exultante alegría de un pueblo que siente en el hondón de su espíritu la expresión armónica del cromatismo impresionista de sus desfiles procesionales?

Que nadie aduzca la crítica mordaz referente al desorden, al caos, a la falta de sentido penitencial, al considerar como algo ajeno el sentido peyorativo que por Semana Santa se entiende. Reconozcamos que existen clarooscuros, asperezas y aristas que limar, en la pura lógica de la dicotomía sagrado-profano, que es en sí mismo el estilo de plenitud del barroco que tiende a la hipérbole desbordando a la moderación y a la medida, a la mezcla de contrastes entre lo sensual y lo espiritual, a la luz y a las sombras, a la agitación y a la pugna constante entre materia y espíritu. Que por otra parte no es nada nuevo, como puede verse en multitud de lugares; como lo prueban las decretales de los obispos y las protestas de los clérigos en los tiempos precedentes.

Mas lo que así lo afirman, no han calado en la suma de valores, en la lección de armonía que significa, expresa y encierra la Semana Santa de Puente Genil.

Por favor, comulguemos con el verso de Juan Ramón Jiménez:

¡No le toques más
que así es la rosa!

Que no nos ocurra como en el texto evangélico, que por eliminar la hierba improductiva arranquemos con ella el trigo bueno.

Así es nuestra mananta, así la queremos, así la vivimos, así la sentimos. Con todo el respeto de esas afirmaciones de críticas externas, yo les recordaría aquella frase del pequeño Príncipe:

Sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos.

2ª.2. -ARMONÍA DE LA EMOCIÓN:

Puente Genil no se contenta únicamente con la armonía de la belleza externa; busca la emoción de lo sacro en los entresijos del alma y ahonda en lo sublime para que su Semana Santa no sea la simple explosión de luz y color en lo externo, sino una profunda plenitud emocional del espíritu.

Genialmente lo busca y lo encuentra, no por los senderos de la meditación, la oración o el silencio de los místicos, sino por los caminos de lo natural, de la alegría y del efectismo. Ahí está para corroborarlo la madrugada inefable del Viernes Santo, en las notas musicales, sublimes, de la Diana inolvidable. ¿Qué misterio encierra? ¿Cómo es posible que una composición musical enardezca de emoción a un pueblo entero, que se arremolina ansioso, expectante, inquieto, trémulo, en la subida que conduce a la morada sacrosanta del Padre Divino de la Puente? ¿Qué magia enerva el ambiente para que miles de personas, al llegar la alborada y con ella la aparición del Nazareno, enmudezcan en un silencio estremecedor, cortante, al oírse las notas sentidas de la Diana? ¿Y ese estallido final que rompe el mutismo en estruendoso aplauso, mezclados de vivas y abrazos? ¿Cabe más armonía emocional que ese juego de contrastes?

Es la emoción anudada a la garganta, la emoción del corazón disparado y enloquecido en su latir, ante tanto sentimiento subconsciente y oculto que aflora en todo corazón, en esa madrugada única del Viernes Santo, en plenitud de fe y amor al Terrible, al bienamado Jesús Nazareno.

Mientras el cortejo de la procesión avanza lentamente entre luces de bengala, sonido de tambores y acordes de músicas solemnes, el corazón del pontanés se sosiega al armonizar sus latidos, al penetrar en su espíritu como un soplo de aire puro, sintiendo un regusto infinito en el alma ante la contemplación de la dulce mirada de Jesús, que va a recorrer en fervor multitudinario las pinas calles de su pueblo elegido. Ante esa mirada inexplicable del Redentor a mi memoria acuden, aquí y en este lugar, los bellos versos de San Juan de la Cruz en la metáfora que guía y mueve el alma emocionada ante la visita de la dicha de Dios:

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
qué gracia y hermosura en mí dejaste.

(S. Juan de la Cruz. *Cántico Espiritual. Canción 33*)

No es único este momento emocional en la Semana Santa. Seguro que cada pontanés tiene sus preferencias emocionales en un momento determinado de su vida manantera; será tal vez el desfile del paso procesional por una calle o lugar determinado; bien un momento singular de la vida en el cuartel; en el vestir la túnica de su entrañable cofradía; lucir los ropajes de la figura predilecta; gozar de la marcialidad del Imperio o simplemente escuchar absorto las notas hirientes y desgarradas de una saeta en la noche.

Mas el pregonero quisiera expresar otro de esos momentos emocionales, centrado en el encierro de los pasos de la noche del Viernes Santo.

Todo aquello que allí ocurre, en los últimos tramos de la procesión por el barrio de la Isla, es una pura lección armónica de la emoción.

Una serie de elementos se conjugan para lograrlo: el encanto de la noche primaveral, el lógico cansancio físico, los vivas continuos a la Virgen, los cantos de los penitentes con los sonos del rosario de la aurora, las luces, la saeta estallante; hasta el trivial ofrecimiento de un pequeño refrigerio a los penitentes —copa de anís y magdalena— se eleva a la categoría de símbolo armónico.

Es una emoción sosegada, tranquila, que se engrandece y culmina en la puerta del templo del Dulce Nombre, al entrecruzarse en el aire los agudos sonos de las saetas con ese bellísimo cántico, pleno de nostalgias, de los «hermanitos ausentes».

Es la emoción de la congoja, de la despedida, al ver desaparecer tras el portón del templo la Virgen amada; el romperse el gozo de la posesión directa, de la visión de su rostro bendito, tenido en las horas inolvidables del desfile procesional.

El alma pontana con ansias de Dios y de la Señora no puede estar en paz y sosiego tras esa despedida en la noche. Queda como hambrienta, desolada, en la espera del tiempo finito que inexorablemente ha de pasar hasta ver de nuevo a su Virgen del alma recorrer las calles de su pueblo.

Nuevamente el cántico angelical del «frailecico» de Fontiveros nos expresara esa armonía de la nostalgia, de la pérdida del ser y la hermosura de la Madre Admirable:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

(S. Juan de la Cruz. Cántico Espiritual. Canción 11)

2^A.3. -ARMONÍA DEL AMOR:

El tercer pilar de la armonía manantera, el más profundo, el más perfecto por lo que entraña de significación en la vida del individuo, de repercusión en la vida de relación de nuestro pueblo, es la armonía del amor fraterno.

Leemos en San Lucas, capítulo X, versículo XXV:

Se levantó entonces un doctor de la Ley y le dijo para tentarlo: «Maestro, qué debo hacer para heredar la vida eterna». Respondióle Jesús «Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?». Y le contestó: «Amarás al Señor tu Dios con todas tus fuerzas y con toda tu mente y a tu prójimo como a ti mismo». Jesús le dijo: «Has respondido muy bien, haz eso y vivirás».

Y en San Juan, capítulo XIII, versículo XXXIV:

Os doy un Mandamiento nuevo: Que os améis unos a otros. Que como yo os ame, así también vosotros os améis mutuamente. En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros.

He aquí el mandamiento nuevo, la creación de la doctrina del amor fraterno entre los hombres. Indefectiblemente, la sola mención del amor entre los hermanos nos conduce sin solución de continuidad al cuartel corporativo.

¿Cómo es el cuartel pontano? Tantas cosas se han dicho y escrito sobre él, en prosa y en verso, que parece pueril la definición. Para el pregonero, el cuartel pontano representa «la armonía de la sencillez y el amor». Armonía de lo sencillo en su contorno externo; armonía del amor en su configuración interna.

Fijémonos en lo externo. Una entrada o zaguán con rótulo alusivo al nombre de la corporación y, en su interior, salón principal con una gran mesa para las reuniones y comidas; algunas dependencias accesorias, cocina y despensa. Decoración austera; cuadros o fotografías en las paredes alusivas a la vida de la corporación; caricaturas diversas; dibujos humorísticos; diplomas y versos; cuadros de los titulares; la figura de la «vieja cuaresmera» y, como denominador común, la presencia de la efigie soberana de nuestro Padre Jesús Nazareno. No cabe mayor simplicidad armónica en su entorno.

Profundicemos en lo interno de la institución; socavemos sus profundas raíces; penetremos en la belleza inefable de sus vivencias que nos transportan de lo simple a lo profundo, de la pequeñez a la grandeza, para vislumbrar y finalmente palpar y sentir la hermandad fraterna, ese amor al prójimo que rememorábamos hace unos instantes en los textos evangélicos de San Lucas y San Juan.

Todos sus actos rituales son perfecta armonía. La base ritual es común a todos pero como siempre Puente Genil, pleno de sentimiento barroco y dionisiaco de la vida, rompe la norma, la medida, y crea costumbres, matices diferentes, aspectos diferenciales que encierran en sí mismos una pura delicia de vivencias, de sentimientos encontrados.

El pregonero quisiera expresar las facetas y detalles de todas y cada una de las corporaciones pontanas, mas ello es imposible por la premura temporal de la disertación. Baste con la mención de algunos de estos matices para englobar en mi corazón todo el afecto, sentimiento y recuerdos hacia esa institución singular de la corporación, clave del arco, nervio e impulso de nuestra Semana por excelencia.

Señalemos dentro del aspecto religioso las saluciones existentes en algunas Corporaciones, como la expresión Pax Vobis a la entrada del cuartel y la respuesta del resto de los asistentes: «Y contigo venga».

O la que campea como símbolo en otra Corporación:

Pax intransibus
salus inhabitantibus
foelicitas exeuntibus

Alusiva a la paz, la salud y la felicidad de los asistentes a la reunión.

Resaltar la lectura de los Evangelios que se realiza en diversas Corporaciones, durante los siete domingos cuaresmales, con la curiosidad que la liturgia empleada es la tradicional anterior al Concilio Vaticano II. Asimismo, señalar que la lectura del Evangelio precede al rito cuartelero de «meter» la pata de la Vieja Cuaresmera, enlazando el binomio religioso- profano, tan afín al sentido barroco de la mananta.

Lectura de los Evangelios que culminará en la tarde del Jueves Santo con la lectura de la Pasión según San Mateo, intercalando fragmentos coreados de los pasajes más significativos que son una pura delicia para el espíritu y uno de los momentos más significativos y bellos de la vida corporativa.

Significativo el recuerdo de los antepasados con la dedicación de sufragios en diversas fechas del año o la emotividad del acto de recordar a sus hermanos difuntos, con la celebración eucarística en el propio Campo Santo.

O el minuto de silencio como recuerdo a los fallecidos con la alocución del hermano que dirige el acto: «Por los fallecidos. Por ellos» y la contestación de los asistentes: «Por su gloria».

Bien el recuerdo de recitar las composiciones de los poetas relacionados con la Corporación, o citar finalmente esas comidas de Hermandad entre corporaciones popularizadas en nuestros días, como la de los:

Apóstoles-Profetas
Degüello-Pelicano
Cirio-Jetones
Virtudes entre si.

Claro exponente de la idea de hermandad tan peculiar de nuestro pueblo.

Mis primeros sentimientos mananeros vivificaron —por peculiares razones de amistad y compañerismo de sus componentes, algunos de ellos aquí presentes, y otros de imborrable recuerdo, que ya se nos fueron al mundo celeste del goce de Dios— vivificaron, repito, en dos corporaciones para mí entrañables, la Judea y el Cirio. Allí, por primera vez, llegué a preguntarme, a reflexionar que aquello que veía con los ojos de la carne y sentía con los ojos del espíritu era algo tan especial, tan fraterno, que me recordaba cómo debieron ser aquellas reuniones y ágapes de las primitivas comunidades cristianas, plenas de fervores, de recuerdos, de añoranzas de Cristo, de mutuas ayudas, de paz, de concordia, de armonía, de amor entre los hermanos.

La similitud de sentimientos y costumbres en el cuartel pontano son manifiestas. En los cuarteles se invoca el nombre de Cristo; en su recuerdo se bendicen los alimentos, se rememora su Pasión en cantos coreados, se liman las asperezas de las relaciones humanas, se potencia la bondad, se estimula el perdón de las ofensas, es contagiosa su alegría. Una simple, sencilla y humilde palabra, la de «hermano», une los corazones de los hombres, rompiendo el atávico sentido de la clase social, cumpliendo así con el mandato divino del amor.

Toda esta gama de sentimientos no va a ser flor mustia de un día, fugaz en el tiempo, sino que continuará en los momentos fundamentales de la vida de los hermanos de corporación.

No se estanca y muere esa armonía fraterna entre las paredes físicas de los muros del cuartel, sino que se introduce en el mundo de lo cotidiano, penetrando por los poros de los estamentos sociales, vertebrando múltiples formas de la vida de sentir pontano.

Parece como una constante humana que los hechos nobles, las cosas grandes, las instituciones singulares, tengan por doquier sus detractores. Así le ocurre a la corporación. He leído cosas peregrinas que hacían alusión a las diferencias de clases, edad o estado: u oído referencias en relación con los excesos gastronómicos del cuartel pontano.

¡Dios mío, qué ceguera en los ojos y en el alma! No pueden comprender la grandeza de valores fraternos que encierra, ni entender que los designios de Dios son inescrutables. Y que a veces, qué importa una copa más de vino, si ello nos acerca más a Dios y nos conduce al amor del prójimo.

3. -RELIGIOSIDAD:

Cerrando la trilogía propuesta, la religiosidad. Religiosidad tradicional, apuntada ya por Aguilar y Cano cuando afirma: **«Dábase una importancia mayor que en ningún otro tiempo el predicar frecuente para santificar costumbres. Todos los años había cuaresmal a quien retribuir el consejo y de tiempo en tiempo recurriase al medio extraordinario de las misiones».**

Múltiples son las referencias a esta religiosidad de los hombres de Puente Genil, que se puede rememorar a través de los documentos de nuestros archivos parroquiales o diocesanos.

Religiosidad que el hombre de Puente Genil, no sólo siente y expone durante unas fechas limitadas, sino que la expresa y mantiene en múltiples facetas de su vida a lo largo del tiempo.

Religiosidad hondamente sentida por todo un pueblo que lo manifiesta en bloque compacto; fe religiosa transmitida por la piedad y el sacrificio de las mujeres pontanas, al inculcar a sus hijos el amor a Dios, el amor a las costumbres y tradiciones de su pueblo, que con su trabajo callado, pleno de gracia, de delicadeza, de entrega, desempeñan un papel vital y fundamental en el desarrollo de la Semana Santa.

Religiosidad en el grupo familiar asistente a los entrañables días del triduo o del quinario en honor a la imagen titular; religiosidad en la comunión anual de la Fiesta de Regla; fe religiosa en la emoción trémula de nuestros pequeños actores en esa escuela de pedagogía manantera que es la Semana Santa chiquita; religiosidad en las preces de salutación del Cuartel y en los comentarios de los textos evangélicos; fe religiosa en las celebraciones conmemorativas; profunda fe en la devoción de su Cristo o su Virgen titulares; religiosidad, en fin, en el sentir espontáneo de los vivas y expresiones fraternas.

Quizá sea para algunos una expresión simplista de la fe religiosa pero, al fin y a la postre, será fe sentida, honda y profunda. La simbiosis con el sentido alegre de lo festivo nos conduce a que el sentimiento pontano del fenómeno religioso sea efusivo, alegre, ruidoso, pleno de vitalismo.

Rompe con el canon preestablecido que entiende que el sentimiento religioso debe ser recogido, cabizbajo y triste.

No. Puente Genil demuestra, en su amalgama socio-religiosa, que el sentir a Cristo es alegría permanente y dinámica; es la mirada alegre y el regocijo en el alma, sin que por ello rehuya «la penitencia saludable».

«Estoy rebosando de consuelo y sobreabundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones», dice San Pablo a los Corintios en su segunda carta, y añade: **«La tristeza del mundo engendra la muerte»**. Y en carta a los Filipenses: **«Alegraos en el Señor siempre lo repito, alegraos»**.

Sin caer en el tópico, lo que Puente Genil conmemora y celebra es precisamente el gozo de la humanidad ante el solemne momento de la Redención cristiana. De ahí la exaltación lúdica de todo un pueblo embargado en la alegría del misterio sublime.

Permitid que el pregonero exponga aquí sus deseos en simples reflexiones:

Que se mantenga vivo el sentido tan peculiar de nuestro pueblo a través de hermandades, cofradías y corporaciones, para que no se pierdan las tradiciones legadas por nuestros mayores. Vivificar aquello que la lógica del devenir del tiempo exija, mas sin romper los esquemas básicos de nuestro sentir manantero. Que nuestra religiosidad no se diluya en tendencias exclusivamente folklóricas, en confusa y abigarrada mezcolanza, tan afines a los tiempos que nos han tocado vivir.

Que no se aminore la vitalidad litúrgica —pese a la norma renovadora— de nuestras fiestas ancestrales, cuya grandeza y esplendor el pueblo recogió con su fina ironía: «**entre quinaros, sermones y letanías, pasamos en la gloria cuarenta días**».

Que se mantenga viva la tradición de la asistencia masiva de la corporación, a los oficios sacros y la visita tradicional al monumento.

Que no se esterilice la labor de músicos y cantores, columna vertebral de la Semana Santa. Sé muy bien que en ambos aspectos, personas de todos conocidas trabajan incansablemente con ilusión admirable, manteniendo en activo grupos corales y musicales. Que se las apoye por quien corresponda, que se les estimule en grado sumo, ya que de la labor que se haga en este sentido —y ello no es enfático— dependerá en mucho el futuro de la mananta.

Que no se pierdan en la añoranza y se revitalicen en lo posible los bellos cánticos de los quinaros en las letras tan sentidas como los que compusieron Don Antonio Aguilar, Don José Estrada, Don Jesús Gant y tantos otros que se han popularizado a través del tiempo. Tales, por ejemplo, las dedicadas al Sepulcro y al Señor de la Humildad.

Vienes Santo, triste día
murió Cristo en el Calvario
y de la Cruz descendía
al sepulcro solitario.
Cantemos tu gloria
la frente humillando
Señor recordando
tu amor y humildad.

Y un ruego. ¿No sería posible enlazar un eslabón perdido de la Semana Santa? ¿No sería posible la incorporación a la procesión del Miércoles Santo, de aquel paso símbolo de la expulsión de nuestros primeros padres del Paraíso, que nuestros mayores conocieron con el nombre de «El Niño del Paraíso»?

A la Agrupación de Cofradías, a los mananteros de pro, va dirigido mi humilde ruego, con la ilusión de verlo convertido en pronta y certera realidad.

Finalmente, el pregonero no quisiera romper la línea tradicional de la glosa imaginera, máxime cuando nuestro pueblo vive hoy un espléndido momento de la revitalización artística de sus imágenes.

¿Dónde se centra la devoción de Puente Genil en los días sacros? ¿Qué Cristos, qué Vírgenes embargan su fe? ¿Qué momentos sublimes rememoran la pasión y muerte de Cristo?

El ciclo se inicia con un hecho singular. No va a ser la Cruz de Guía tradicional la que abra el paréntesis procesional, la que marque el camino, sino que Puente Genil en plenitud de amor

por la Señora lo comenzará con la procesión de la Virgen de la Guía, sencilla y soberana en su «triumfal encierro» de la Concepción, al compás emotivo de la marcha de Barrabás.

Cinco pasos de misterio, tres de Cristos y cuatro Crucificados se procesionan en Puente Genil. Abrirá el cortejo el Hosanna de alegría de las palmas y los olivos en la Entrada Triunfal en Jerusalén. Es un camino de alabanza, no al poderoso, sino al que anuncia la paz del reino mesiánico, anunciado por el Profeta:

No temas ciudad de Sión. He aquí que tu Rey viene montado en un pollino de asna. (S. Juan, cap. 12 y. 15).

Singular por lo inédito del misterio en los pasos procesionales, el Paso del Lavatorio, que rememora la humillación de Cristo, dando a sus discípulos la más sencilla lección de caridad al lavarles los pies, ya que ello era signo de servidumbre entre el pueblo judío. Aún Jesús aprovechará los últimos momentos para darle a entender al Apóstol traidor que El sabe todo para invitarle a la conversión:

Lo digo desde ahora antes que suceda, para que cuando suceda creáis que soy yo. (S. Juan, cap. 13, y. 19).

Era necesario a todo el proceso mananero que Puente Genil pudiera conmemorar en monumental y soberbia escenificación el momento cumbre de los siglos, el momento de infinita generosidad de Dios. Un grupo entusiasta, con ilusión y fe, ha logrado lo que parecía imposible: el poder presenciar por nuestras calles el misterio eucarístico, el momento solemne en que la sencillez de unas palabras: «**Este es mi cuerpo, esta es mi sangre**» (S. Marcos. Capítulo 14. Versículos 22-24), tiene un sentido único, aquello que parece pan es el Cuerpo de Cristo, aquello que parece vino es su Sangre.

La bella talla de Nuestro Padre Jesús en el Huerto es la expresión de la sublime agonía del huerto de Getsemaní. Es el paso del dolor tremendo en la noche del dolor. Es la terrible crisis moral, sin un lamento, con la bellísima oración de la aceptación: «**Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya**». (5. Lucas. Capítulo 22. Versículo 42).

La impresionante desnudez, la belleza infinita, la tremenda soledad de Dios, con la mirada perdida, meditando y pidiendo clemencia por los hombres, se condensa en esa imagen admirable de mi Humilde bendito. Sentado sobre una piedra, condenado, desahuciado, permanece estático, humilde y pacientísimo, sin un reproche, sin un gemido, sin una súplica. Es el relato vivo del libro de la Consolación de Isaías:

«He ofrecido mi espalda a los que me golpearon, mis mejillas a quienes me mesaban la barba, no he hurtado mi rostro a la afrenta y a los salivazos». (Isaías. Libro de la Consolación de Israel. 5).

Nos mira como jamás nos haya mirado nadie. Mirada penetrante, indecible, que nos llega al fondo del alma, para llenarla del gozo infinito de Dios. «**Habéis venido a prenderme como contra un ladrón, con espadas y palos**» (S. Mateo. Capítulo 26. Versículo 55), dirá Jesús en el

relato de San Mateo. Puente Genil procesiona el Jueves Santo el patetismo de Jesús Preso entre los Sayones. Formidable misterio donde el beso, símbolo del amor, se convertirá en el símbolo de la traición, tras el beso de Judas.

Bellísimo templete barroco acoge, en su salida de la Vera Cruz, al Señor de la Columna. Simple es la alusión evangélica: **«Entonces tomó Pilatos a Jesús y lo azotó»** (5. Juan. Capítulo 19. Versículo 1).

No hacía falta decir más; bien sabían los hombres de su tiempo lo que suponía de doloroso suplicio al aplicarse el «flagrum» y el «flagelum» y de castigo infamante ya que se imponía solo a los marginados, a los vencidos, a los esclavos.

Cuatro crucificados recorren las calles de Puente Genil: Calvario, Silencio, Misericordia y Buena Muerte son sus advocaciones. Todos ellos inertes, inclinada la cabeza, ojos semicerrados, en el último aliento de la despedida.

Cristo del Calvario; contestación admirable de Cristo a la súplica del primer arrepentido que muere pronunciando su nombre: **«En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso»**. (5. Lucas. Capítulo 23. Versículo 43).

Silencio de Cristo en la tristeza y devoción del Vía Crucis en la madrugada del Martes Santo. Piedad de corazón, capacidad de amor en el Cristo de la Misericordia, ante el grupo de fieles que al pie de la Cruz expresan sus tristezas, con María del Mayor Dolor, plena de gracia y sufrimiento, junto al autor de la gracia y del gozo.

Cristo de la Buena Muerte —amor cofradiero de entrañables alumnos—, el Cristo del Buen Morir, el que entrega su alma por la salvación de los Hombres, mientras la naturaleza se estremece y los sepulcros se abren. Leemos en texto de San Mateo, capítulo 27, versículo 51:

«La tierra tembló y las piedras se resquebrajaron; se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos, que estaban muertos, resucitaron».

¿Qué valen junto a este sublime crucificado todos los demás argumentos para servir a Dios?

La imagen del discípulo amado se procesiona en dos momentos claves: el San Juan Evangelista, creador de los textos sagrados que expresan la consecución de la Vida Eterna, a través de la comunidad del amor; y el San Juan acompañando a la Virgen de la Cruz, fiel expresión del amor de Cristo por la Humanidad.

Símbolo de la Cruz excelsa, redentora de los hombres, se expresa en la bella sencillez de la Cruz de Margallo y solemne el cortejo del Santo Sepulcro, donde se centran todas las emociones, todos los momentos claves del drama pasional, todos los símbolos, todos los misterios de la Semana Santa.

El paréntesis de los Cristos pontanos se cierra con la valiosa escultura del Cristo Resucitado; fin del duelo admirable de la vida y de la muerte; triunfo glorioso del Cristo Rey Soberano sobre la misma muerte.

Son impresionantes las palabras de San Pablo: **«Porque como por un hombre vino la muerte, así, por un hombre la resurrección de los muertos. Y como todos mueren en Adán, así también todos revivirán en Cristo»**. Y añadirá: **«La muerte ha sido absorbida por la victoria»**. (S. Pablo. Primera carta a los Corintios).

Hemos dejado para el final del recorrido imaginero la devoción de Puente Genil por María Santísima, Madre de Dios.

Bellísimas advocaciones guarda Puente Genil para sus Vírgenes:

Guía, Estrella, Amor, Consuelo, Mayor Dolor, Vera-Cruz, Amargura, Esperanza, Cruz, Dolores, Angustias, Lágrimas, Soledad.

Maravilloso ramillete en la que se unen desde la sencillez de María en Nazaret —humilde sierva de Dios ante la petición del ángel— hasta la plenitud de su Santidad, la más excelsa después de la Santidad de Dios. Porque María es la Gracia que pone Dios en ella, pues Inmaculada quiere decir, simplemente, plan completo de Dios.

Cofradía de la Virgen de los Dolores, típica cofradía (de las llamadas por los antropólogos tipo vertical abierta) constituida en su base por una rama familiar. Bella Virgen de los Chacones que sufre en su corazón el dolor de la muerte inicua del Hijo Amado; Madre de la Amargura infinita en el terrible encuentro con su Hijo en el camino del Gólgota; Señora de las Angustias que, abrazada al hijo yerto, ofrece, en expiación por los hombres, la víctima que ella misma alumbró y protegió con cuidados infinitos; Virgen de la Vera-Cruz —talla de factura barroca granadina— implorante junto a la Cruz, de pie en un martirio del alma y en una conformidad insuperable; Virgen de las Lágrimas, derramadas ante tanto sufrimiento; Virgen del Mayor Dolor, plena de sufrimientos, hoguera de dolores; Virgen de la Soledad que, entre la explosión de amor de su barrio de la Isla, entrelaza sus manos expresando en su soliloquio el dolor de los dolores: **«Vosotros los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor comparable a mi dolor»**. María Madre de Jesús, Madre de los hombres para ser Virgen del Consuelo en sus tribulaciones; Virgen de la Estrella, luz de nuestro caminar, y Virgen de la Esperanza como virtud suprema de la vida, y, en definitiva, Virgen del Amor como principal causa de la salvación de la Humanidad toda.

Como eje diamantino de todo el proceso de la devoción de Puente Genil el Nazareno Divino, el Nazareno amado, el Terrible Nazareno de la bondad. Sencillez inolvidable, de mirada infinita. A su divinidad nos acogemos todos los pontanos; a su divinidad rezamos e imploramos; a El van dirigidos nuestros fervores, nuestras súplicas, El es nuestro bien, nuestro amor, nuestra alegría. Con la oración del Salmista te pedimos, oh Jesús bueno:

Alzate, oh Dios, sobre los cielos
sobre toda la tierra sea tu gloria
¡para que tus predilectos sean libres
socorre con tu diestra, atiéndenos.

(Cántico. Salmo de David)

Termino. Bien sabe el pregonero que ha abusado de vuestra paciencia y bondad. ¡Puente Genil y su Mananta! ¡Oh tierras de mi pueblo amado, tierras de pan llevar; tierras de sarmientos y vides dorados al sol; tierra de áureos olivares, símbolos del Cuerpo y sangre de Cristo, del Oleo Santo, unguento del Buen Morir!

Cuando en el último desfile procesionemos nuestras almas por la vía que conduce al encuentro de Dios, con el sentimiento de los versos de Miguel Romero:

¡Arriba y no te canses, errante peregrino
subiendo del Calvario el áspero camino
daremos a la Tierra nuestro postrer adiós;
abajo aguardan, sólo, codicias y rencores,
arriba el Nazareno que premia los dolores,
abajo espera el mundo, arriba espera Dios!

Cuando llegue el momento anhelado de la Resurrección gloriosa, la imaginación del pregonero se eleva —quizá rompiendo el límite de la ortodoxia— para soñar que ese tremendo día del Juicio, no aparecerá el impresionante Cristo Justiciero, de gesto acusador, que arroja a los réprobos al abismo infernal, tal como lo plasmó el genio pictórico de Miguel Ángel Buonarrotti, en la capilla Sixtina del Vaticano, sino el Cristo Bueno, el misericordioso, el Terrible Nazareno del Amor, que despojado de la Cruz de nuestros pecados, irá acogiendo entre sus brazos abiertos, con su mirada dulce e inefable, uno a uno, a sus hijos de la Puente mientras en las esferas celestes sonará la Diana más bella, más perfecta, más armoniosa, porque ese día, hermanos, ese día intemporal, será interpretada por las trompetas de los Ángeles del Paraíso.

Muchas Gracias